

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

LA IDEOLOGÍA POLÍTICA, LAS CREENCIAS SOCIALES
Y LA POLARIZACIÓN COMO OBSTÁCULOS
PSICOSOCIALES PARA LA DEMOCRACIA Y LA PAZ
EN COLOMBIA, 2016-2020*

POLITICAL IDEOLOGY, SOCIAL BELIEFS, AND POLARIZATION AS
PSYCHOSOCIAL BARRIERS TO DEMOCRACY
AND PEACE IN COLOMBIA 2016–2020

IDEOLOGIA POLÍTICA, CRENÇAS SOCIAIS E POLARIZAÇÃO
COMO OBSTÁCULOS PSICOSSOCIAIS PARA A
DEMOCRACIA E A PAZ NA COLÔMBIA, 2016-2020

JUAN DAVID VILLA-GÓMEZ**
IVONNE LEADITH DÍAZ-PÉREZ***
TATIANA SAAVEDRA-FLÓREZ****
CARLOS ANDRÉS SÁNCHEZ-JARAMILLO*****
ALFONSO INSUASTY RODRÍGUEZ*****

Recibido: 26 de septiembre de 2023 - Aceptado: 22 de enero de 2024 -

Publicado: 29 de junio de 2024

DOI: 10.24142/raju.v19n38a7

* El estudio presentado en este artículo se sitúa en la intersección de dos proyectos de investigación, uno previo: “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”, y uno que inició en el año 2023: “Subjetividades políticas en contextos de crisis de la democracia” (código interno: 65622949). Estos proyectos han sido desarrollados desde la Universidad Pontificia Bolivariana, en red con otras universidades. En el presente caso, con grupos de investigación de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali y la Universidad de San Buenaventura de Medellín y Cali.

Resumen

El estudio presentado en este artículo tiene como objetivo comprender las creencias sociales en tanto se configuran como ideología y están asociadas a la polarización política y su impacto, de tal manera que se constituyen en obstáculos psicosociales para la paz y la democracia en Colombia entre 2016 y 2020. Se emplea un método cualitativo desde una perspectiva hermenéutica, mediante el cual se realizan doscientas cincuenta y seis entrevistas fenomenológicas y en profundidad a participantes de nueve ciudades del país. Los resultados revelan creencias arraigadas sobre la polarización y las convicciones radicales en torno a temas como la seguridad, la justicia, la equidad y la libertad, así como la deslegitimación y la descalificación del adversario político. En este marco, más que una lógica de polarización ideológica, se constituyen escenarios de polarización afectiva. Por eso, se concluye que la polarización no se limita a una contraposición ideológica, sino que implica la descalificación del otro como enemigo absoluto, alimentando un escenario de confrontación antagónica arraigado en la historia violenta del país.

-
- ** Docente asociado de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana. Integrante del Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo (GIP). CvLAC: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0001486362, Google Scholar: <https://scholar.google.es/citations?hl=es&user=hUy2wG0AAAAAJ>, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9715-5281>, correo electrónico: juan.villag@upb.edu.co
- *** Docente investigadora de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Integrante del Grupo de Investigación Bienestar, Trabajo, Cultura y Sociedad (BITACUS) de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Google Scholar: <http://scholar.google.es/citations?user=4R9V6MAAAA-J&hl=es>, ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-6084-2136?lang=es>, correo electrónico: idiav@javerianacali.edu.co
- **** Docente investigadora de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Integrante del Grupo de Investigación De Humanitate. Google Scholar: <https://scholar.google.com/citations?user=On2CO5IAAAAJ&hl=en&oi=ao>, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7875-1785>, correo electrónico: tsaavedra@javerianacali.edu.co
- ***** Investigador de la Universidad de San Buenaventura de Cali. Google Scholar <https://scholar.google.es/citations?user=Wwpw-8IAAAAJ&hl=es>, ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-1711-0068>, correo electrónico: casanchezj@usbcali.edu.co
- ***** Docente asociado del Centro Interdisciplinario de Estudios Humanísticos (CIDEH) e investigador del Grupo Interdisciplinario para el Desarrollo del Pensamiento y la Acción Dialógica (GIDPAD), de la Universidad de San Buenaventura de Medellín. Docente investigador de la Maestría en Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación, del Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Integrante de la Red Interuniversitaria por la Paz (REDIPAZ). ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2880-1371>, correo electrónico: Alfonso.insuasty@gmail.com

Palabras clave: Barreras psicosociales para la paz, creencias sociales, *ethos* del conflicto, ideología, polarización, conflicto armado, construcción de paz, crisis de la democracia.

Abstract

The study presented in this article aims to understand social beliefs as they configure themselves as ideology and are associated with political polarization and its impact, thus constituting psychosocial obstacles to peace and democracy in Colombia between 2016 and 2020. A qualitative method was employed from a hermeneutic perspective, through which 256 phenomenological and in-depth interviews were conducted with participants from 9 cities in the country. The results revealed entrenched beliefs about polarization and radical convictions regarding issues such as security, justice, equity, and freedom, as well as delegitimization and disqualification of the political adversary. In this framework, more than a logic of ideological polarization, scenarios of affective polarization are constituted. Therefore, it is concluded that polarization is not limited to ideological opposition, but implies the disqualification of the other as an absolute enemy, fueling a scenario of antagonistic confrontation rooted in the violent history of the country.

Keywords: Psychosocial barriers to peace, social beliefs, conflict *ethos*, ideology, polarization, armed conflict, peacebuilding, democracy crisis.

Resumo

O estudo apresentado neste artigo tem como objetivo compreender as crenças sociais na medida em que se configuram como ideologia e estão associadas à polarização política e seu impacto, de modo que se constituem em obstáculos psicossociais para a paz e a democracia na Colômbia entre 2016 e 2020. Foi utilizado um método qualitativo a partir de uma perspectiva hermenêutica, através do qual foram realizadas 256 entrevistas fenomenológicas e em profundidade com participantes de 9 cidades do país. Os resultados revelaram crenças arraigadas sobre a polarização e convicções radicais em torno de temas

como segurança, justiça, equidade e liberdade, bem como deslegitimação e desqualificação do adversário político. Neste contexto, mais do que uma lógica de polarização ideológica, são constituídos cenários de polarização afetiva. Portanto, conclui-se que a polarização não se limita a uma oposição ideológica, mas implica a desqualificação do outro como inimigo absoluto, alimentando um cenário de confronto antagônico enraizado na história violenta do país.

Palavras-chave: Barreiras psicossociais para a paz, crenças sociais, ethos do conflito, ideologia, polarização, conflito armado, construção da paz, crise da democracia.

INTRODUCCIÓN

La psicología social, la politología, las ciencias sociales y la psicología política se han venido preguntando en los últimos años acerca del impacto de la polarización en el debate democrático y de los límites que genera para realizar acuerdos en relación con las políticas públicas y la acción estatal. En el marco de la investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”, realizada en nueve ciudades del país (Neiva, Bucaramanga, Medellín, Cali, Palmira, Pereira, Armenia, Quibdó y Bogotá) entre el segundo semestre de 2018 y el primero de 2020, emergió un interrogante sobre las relaciones políticas y sociales entre los colectivos y los grupos que pertenecen a una sociedad, y sobre la forma como se establecen debates, vínculos, rupturas, discusiones e interacciones respecto a los diversos problemas que afectan al país.

Esta pregunta se retoma en la investigación “Subjetividades políticas en contextos de crisis de la democracia”, que en el marco disciplinar de la psicología social y política se ha propuesto describir y analizar procesos de polarización y fanatismo blando, entre otras categorías, con el propósito de comprender las creencias sociales asociadas a la ideología, que se han constituido en repertorios psicosociales que obstruyen la construcción de una paz estable y duradera, además de que acrecientan la crisis de la democracia en Colombia. El período analizado es el comprendido entre 2016 y 2020.

Antes de este período, según Roncallo *et al.* (2019), el país se había visto inmerso en un proceso de polarización en el marco de la contienda electoral para elegir presidente de la república en el año 2014. Este escenario fue una especie de primer plebiscito sobre la negociación política del conflicto entre el Estado y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), en el cual se puso en juego el proceso iniciado por el entonces candidato presidencial Juan Manuel Santos, en contraposición al candidato del partido Centro Democrático, Óscar Iván Zuluaga. En este contexto ambos contendientes movilizaron las emociones del electorado mediante diversos métodos y estrategias que dividieron a la ciudadanía en torno a este tema (Nasi y Hurtado, 2018).

Posteriormente, Colombia experimentó dos situaciones que generaron una división en la dinámica social y política del país. La primera fue el plebiscito por la paz, que convocó a decidir sobre la aprobación o la desaprobación de los acuerdos firmados entre las FARC-EP y el gobierno de

Santos. La votación por el “No” ganó por un estrecho margen, 49,78 % por el “Sí” y 50,21 % por el “No”, lo cual pareció ratificar el clima emocional de polarización en el país (Estrada *et al.*, 2019; Rico y Barreto, 2021; Basset, 2018; Pulido *et al.*, 2020), a pesar de que hubo una abstención cercana al 60 %, que también indicaba una cierta apatía en sectores de la población que no participaban. En el proceso del plebiscito la posverdad, las *fake news* y otras estrategias de manipulación se difundieron en las redes sociales, la prensa, la radio y la televisión, e influyeron en el electorado (Basset, 2018; López de la Roche, 2019). Esta investigación se centra en las creencias compartidas y las construcciones ideológicas de quienes participaron en esa contienda electoral.

La división de la sociedad en relación con la salida negociada estuvo presente durante todo el segundo período presidencial de Santos, y se intensificó nuevamente durante la campaña presidencial de 2018. En esta elección, Iván Duque Márquez, del partido Centro Democrático, con 10.373.080 votos (53,98 %) y una propuesta de hacer trizas el acuerdo de paz, venció al candidato Gustavo Petro, del partido de izquierda Colombia Humana, quien propendía por fortalecer la implementación del acuerdo y obtuvo 8.034.189 votos (41,81 %) (Registraduría Nacional del Estado Civil, 2018). En efecto, el gobierno de Iván Duque ralentizó la implementación del acuerdo de paz y este tema se mantuvo en la opinión pública como fuente de discrepancias profundas; también dificultó la comprensión y la apropiación por parte de las comunidades y de la población en general de lo que implicaba para el país este proceso de construcción de paz (Rettberg y Quiroga, 2018).

Las barreras sociopsicológicas o psicosociales para la paz se asocian con una serie de repertorios cognitivos, narrativos y afectivos que mantienen los conflictos y obstaculizan la construcción de paz. Estos repertorios generan un *ethos* del conflicto conformado por creencias sociales radicales, sesgadas y distorsionadas que favorecen su continuidad en el tiempo (Bar-Tal y Halperin, 2011; 2014; Bar-Tal *et al.*, 2010; Barrera y Villa, 2018; Rosler *et al.*, 2020; Villa *et al.*, 2021).

Estas creencias sociales son parte de las representaciones cognitivas que, junto con la autocategorización del yo, definen la identidad social de los integrantes de un grupo, generan pertenencia y guían la acción. Implican normas, valores, metas y una ideología grupal que motivan el proceso de diferenciación y de favoritismo endogrupal. Algunas de estas creencias,

asumidas como verdad, tienen origen en los estereotipos y prejuicios sociales construidos por el grupo (Bar-Tal, 1996; 2013; Tajfel, 1984).

El conjunto de creencias compartidas por un grupo social forma parte de la ideología y no está justificado ni es completamente objetivo, pero sirve para cumplir una función social asociada al poder político. La enunciación de sus elementos permite cumplir con una meta determinada, ya sea favoreciendo un logro o manteniendo el poder de dicho grupo. Estas creencias están condicionadas por la situación social y por las relaciones de producción en un contexto particular, y reflejan los lazos de unión de los sujetos con los grupos de pertenencia. Por tal razón, la ideología tiene una función social, implica aceptación colectiva y juega un papel en los procesos de dominación (Villorio, 2007).

La ideología, como sistema ordenado de ideas y concepciones compartidas por un grupo, determina las relaciones sociales, organiza el mundo y explica y justifica los objetivos de la acción (Bar-Tal, 1996; 2013; Villorio, 2007). En contextos de conflicto, según Blanco (2005), esta puede llegar a constituir creencias que hagan que el propio grupo (endogrupo) se sienta superior, hasta considerar que sus valores son mejores que los del adversario (exogrupo), que es categorizado como amenaza y frente al cual se experimenta vulnerabilidad. Además, al exogrupo se le culpabiliza por agravios pasados o presentes, devaluándolo, descalificándolo y deshumanizándolo.

La tradición familiar, la escuela-universidad, el grupo de amigos, las redes sociales y los medios masivos de comunicación tienen un rol fundamental en la generación de marcos de comprensión de la realidad que configuran procesos ideológicos, ya que distribuyen valores, creencias e idearios políticos que afectan las emociones, las acciones personales y las relaciones cotidianas (Avendaño y Villa, 2021; González, 2015; Morales *et al.*, 2018; Romero *et al.*, 2018; Velásquez *et al.*, 2020; 2021; Villa *et al.*, 2020).

La ideología opera en compañía de la puesta en circulación de un saber organizado en torno al poder y desde un ejercicio concreto de dominación. Puede manifestarse en la cotidianidad, en las relaciones sociales, en el escenario político y hasta en la ciencia, aunque siempre se relaciona con sus prácticas (Foucault, 2008; 2010). Se observa entonces el hilo conductor para el surgimiento de representaciones y conocimientos, expresados en un discurso continuo, lo que implica que siempre se le opone una noción de verdad, que no puede desligarse del saber-poder. Aquello

considerado “verdad” solo lo es en el marco de discursos concretos, que no necesariamente son verdaderos o falsos, pero que se encuentran establecidos. Por tanto, la ideología se vincula con un contexto específico, en relación con discursos y sujetos particulares, delimitados por micro o macroestructuras (Foucault, 2019).

La polarización, en tanto ideológica, se enmarca como una distancia en concepciones sobre el Estado, la sociedad y la economía, en las disputas democráticas entre candidatos, partidos y votantes. Aunque considerada normal y parte integral del sistema político de un Estado de derecho, la polarización se ha convertido en un desafío contemporáneo para la democracia debido al aumento de dinámicas de radicalización política, como lo señalan Kessler y Vommaro (2023), y Waisbord (2020). Estos autores plantean que, en tanto se van generando escenarios de disputas emocionales y negación de la contraparte, se instaura una lógica binaria y radical que niega al otro aumentando las dinámicas del sectarismo político que amenaza a la tolerancia y anula la diversidad de las perspectivas.

Algunas investigaciones encontraron que la polarización incluye contenidos afectivos relacionados con la ideología que admiten la diferencia entre grupos, favoreciendo divisiones severas entre “nosotros” y “ellos”, puesto que se van generando vínculos personalistas con los candidatos electorales que conllevan una consideración del otro como enemigo. Así, la polarización tiene una dimensión emocional y afectiva que se despliega en la vida social y en las relaciones cotidianas, y va más allá de la contraposición ideológica. Para diversos autores se trata más de una polarización afectiva, asociada a las creencias sociales y a la configuración del otro como enemigo/adversario, que se manifiesta como descalificación moral del oponente, sobresimplificación de su postura, exacerbación de disputas en las relaciones cotidianas y personalización de eventos políticos, que terminan derivando en la exclusión, formas de violencia simbólica y lógicas de un fanatismo que los autores califican como “blando” (Aguirre *et al.*, 2021; Alonso, 2018; Iyengar y Westwood, 2015; Moreno, 2020; Murillo, 2020; Silva, 2014; Suárez, 2021; Velásquez *et al.*, 2021; Villa *et al.*, 2019; Villa y Sarmiento, 2023).

Otros investigadores complementan este punto de vista afirmando que la exacerbación de algunas emociones políticas (indignación, odio, rabia, resentimiento, ira, miedo, entre otras) está asociada con procesos de polarización, puesto que generan distanciamiento entre las personas, al

guiar el pensamiento y la acción de una forma irreflexiva que promueve el fanatismo blando, tanto en los periodos electorales como en la vida diaria, lo cual fragmenta aún más a la sociedad y, en algunos casos, puede ser un catalizador o una justificación para formas de violencia simbólica o física (Aguirre *et al.*, 2021; Falla, 2020; Hernández y Echeverri, 2018; Manfredi *et al.*, 2021; Moreno, 2020; Murillo, 2020; Prada y Romero, 2018; Velásquez *et al.*, 2020; 2021).

En el ámbito político la polarización se manifiesta claramente, ya que es donde se intensifican las actitudes y las creencias que los colectivos profesan. Para Beristain (2021), la polarización es un proceso en el que las posturas ante un tema o una situación tienden a reducirse a esquemas opuestos, que se excluyen mutuamente, en tanto el acercamiento a un polo implica el alejamiento y el rechazo del otro; por eso, la polarización implica que el propio pensamiento quede subsumido por el marco ideológico del grupo con el que se identifica, lo que lleva a rechazar las posturas opuestas y a las personas que las adoptan. Según este autor (Beristain, 2021), existen tres formas de la polarización que pueden reforzarse mutuamente: la polarización como parte de la agudización del conflicto armado, la polarización como resultado de una violencia que penetra y rompe el tejido social, y la polarización como pretensión de forzar el posicionamiento de la sociedad en extremos opuestos, a manera de estrategia para prevalecer en un conflicto en el que el adversario es identificado como la “encarnación del mal”, lo que tiende a deshumanizarlo y divide aún más a la sociedad; a esto último Beristain (2021) lo denomina “polarización intencional”.

En este último fenómeno se produce la construcción del adversario político como un enemigo que debe ser eliminado, ya sea simbólicamente, mediante la descalificación y la negación de su humanidad, o de manera real, como ha ocurrido en la larga historia de violencia política bipartidista durante los siglos XIX y XX, y en el marco del conflicto armado contemporáneo en Colombia. Según Angarita *et al.* (2015), cuando el oponente se convierte en un enemigo que debe ser erradicado, el conflicto se degenera.

En este proceso de construcción del enemigo, Angarita *et al.* (2015) distinguen entre el enemigo político y el enemigo absoluto. El primero está relacionado con la confrontación y la competencia por el poder en el ámbito político, donde el disenso y la negociación de las diferencias son parte fundamental de las democracias modernas, y constituyen un proceso agonista en vez de uno que implique antagonismo (Mouffe, 2011; 2014). No

existe una relación amigo-enemigo, y se introduce la noción de adversario, pues izquierda y derecha comparten principios democráticos de libertad e igualdad, asunto que permite que los partidos traten con respeto las reivindicaciones del otro (Mouffe, 2011; 2014; Mouffe y Laclau, 2004).

Por otro lado, el enemigo absoluto es aquel que se considera desligado de toda humanidad, lo que justifica su aniquilación y lleva a una gestión violenta de la contradicción política. Según Angarita *et al.* (2015), el conflicto se degrada cuando el oponente es considerado un enemigo que se debe eliminar, cuando se busca su negación como ser humano y se promueve o se favorece su exterminio sin importar la manera en que se lleve a cabo. Por tanto, no hay límite moral ni racional que impida su aniquilación (Angarita *et al.*, 2015; Schmidt, 1998), lo cual deriva en una gestión violenta de la contradicción política (Villa *et al.*, 2022; Villa y Sarmiento, 2023). Diversos sectores políticos suelen apelar al *enemigo absoluto* para afirmar identidades endogrupales en relación con ese otro, que funge como externo y ajeno a la construcción identitaria que se quiere fortalecer, y a los sentidos de pertenencia que se están desarrollando entre los miembros de este endogrupo (Tajfel, 1984).

Angarita *et al.* (2015) consideran que se trata de una maniobra discursiva que lleva a conferir al enemigo una identidad animal, para diferenciarlo de los humanos y propiciar la posibilidad de criminalizarlo, cazarlo, capturarlo, torturarlo o matarlo, sin remordimiento alguno, eliminando cualquier forma de compasión o consideración, por lo que no se le reconoce ningún derecho ni se acepta que se está haciendo este proceso de negación de la humanidad del otro.

Autores como Amossy (2014), Charaudeau (2005) y Mouffe (2011; 2014) han descrito esta estrategia de descalificación del adversario o construcción del enemigo como uno de los principales polos constitutivos de la crisis actual de la democracia en el mundo, lo que implica que el debate agonista en el marco de una contraposición ideológica pase a otro plano y convierta al contendiente en un antagonista cuya postura, junto a él mismo, debe ser excluida, en una lógica de suma cero, en la que solamente debe imponerse el propio punto de vista, mientras que el del adversario es totalmente descalificado, deslegitimado y borrado. Angarita *et al.* (2015), Blair (1995), Villa (2019) y Villa *et al.* (2022) han planteado que esta problemática puede estar en la base del conflicto colombiano, haciendo parte del repertorio psicosocial que dificulta alcanzar la paz y consolidar la democracia.

Amossy (2014) liga la polarización política con el discurso polémico, caracterizado por tres modos de gestión violenta del conflicto: la dicotomización, la polarización y la descalificación al otro. Desde esta perspectiva, la dicotomización concierne al choque de opiniones contrarias, irreconciliables y excluyentes, que radicalizan el debate, al punto de volverlo tan difícil que suele ser imposible de resolver. Para la autora, la polémica genera un escenario discursivo de dos polos, reducido a dos categorías semánticas que son distribuidas en una oposición binaria; lo que permite mostrar que los discursos confrontados existen si y solo si se relacionan con ese contrincante que los delimita y los enmarca. Así, en cada debate cada parte hace suyo el discurso del otro, lo integra al propio, invirtiendo su sentido y su significado, con la particularidad de que se emplea y se referencia al adversario solo para transformarlo en una versión negativa y en la némesis del discurso propio.

La polarización es un proceso por medio del cual un público que tiene posturas diferentes, que puede manifestarse a través de diversas texturas del discurso, termina agrupándose y fusionándose, generalmente en dos colectivos contrastados y excluyentes, con puntos de vista y valores que cada quien asume como fundamentales y que cada grupo comparte solidariamente (Amossy, 2014). Así se establecen campos enemigos, más como un fenómeno relacional que como una división abstracta de tesis antagónicas. En este reagrupamiento por identificación se descalifica al adversario para fortalecer la identidad del grupo, se invalida al oponente o se presenta peyorativamente, se utilizan maniobras de denigración que lo desacreditan, encasillándolo como parcializado (sesgado) y con malas intenciones.

Charaudeau (2005) propone la descalificación del adversario como una de las principales estrategias de algunos discursos políticos, que se concentran en la estigmatización del otro como fuente del mal y señalan las consecuencias negativas de sus ideas para el pueblo o para su imagen; es decir, apuntan a la configuración de su *ethos*. Esta estrategia emplea recursos como la ironía, la ridiculización, el señalamiento de contradicciones y la manipulación de la ciudadanía.

Según Spillmann y Spilhmmin (1991), la imagen del enemigo se construye sobre la desconfianza, porque a este se le percibe como malo y sus razones serían inmorales o fraudulentas. Se le adjudica una actitud negativa, puesto que siempre tendría la intención de perjudicar al propio

grupo, razón por la que se le culpa de lo negativo que ha sucedido en el pasado, de lo que está sucediendo en el presente y de lo que vendrá. Por eso, se le identifica con un mal objetivo que es necesario destruir, en un proceso de simplificación negativa en el que se suspende la empatía o identificación, negando su ser. Así se termina justificando su eliminación, tanto simbólica como real.

Apoyada en esta descripción, Blair (1995) señala que la sociedad colombiana parece haber hecho de “la representación del enemigo” un elemento que da sentido a la forma como se comprende la realidad política, configurándose como un elemento de su subjetivación política. Alrededor del enemigo se construyen significados, referentes y escenarios comunes entre diversos grupos sociales. Así, la polarización política y la construcción del enemigo convergen en la radicalización de pensamientos extremos que han terminado por bloquear la construcción de la paz y la democracia en nuestro país.

En Colombia podríamos encontrar una suma de intencionalidades descritas en este artículo, puesto que es un país que viene de firmar importantes acuerdos con los grupos paramilitares en el 2005, luego pactó un acuerdo de paz con la insurgencia de las FARC-EP (2016) y ahora avanza en la formalización de una política de Estado denominada Paz Total, bajo la cual se adelantan procesos de negociación con la insurgencia del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y procesos exploratorios con fines de acogimiento o sometimiento a la justicia con grupos armados organizados, anclados a la dinámica de las rentas ilegales y el control territorial. Algunos autores advierten que estos grupos son en realidad un legado del paramilitarismo que, en algunos casos, tiene vasos comunicantes con sectores políticos, empresariales y militares. La Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) ha permitido develar estas relaciones en sus procesos de aplicación de justicia, lo que han reforzado los informes del Centro Nacional de Memoria y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV, 2022).

La polarización y la guerra van de la mano, son momentos que se entrelazan y se mueven más o menos según el interés de los actores.

Es importante resaltar que los actores no visibles reciben, en últimas, importantes beneficios, tanto económicos como políticos, de estos fenómenos provocados, anclajes que alimentan grandes y potentados negocios tanto nacionales como internacionales.

MÉTODO

Tipo de estudio

La investigación, mediante el método cualitativo, empleó entrevistas fenomenológicas y en profundidad, con una mirada transdisciplinar basada en la psicología política, la psicología social crítica y el realismo crítico (Blanco y Gaborit, 2016). Además, se desplegó una perspectiva hermenéutica para buscar la comprensión de las creencias sociales transformadas en obstáculos para la construcción de paz.

Participantes

El muestreo fue intencional, teórico, tipológico y propositivo (Hernández *et al.*, 2014). El proceso implicó escoger a los participantes según su posición con respecto al acuerdo de paz. Las entrevistas se desarrollaron en cada ciudad hasta saturar cada una de las categorías. Los participantes debían tener las siguientes características: ser adultos sin distinción de género, que pertenecieran a estratos socioeconómicos diferentes y habitaran en zonas urbanas, y que tuvieran diversos niveles de escolaridad y profesiones distintas. Una condición importante era haber votado en el plebiscito de 2016 y en las elecciones presidenciales de 2018. Como criterio de exclusión, se tuvo en cuenta que los y las participantes no fueran militantes de partidos políticos, no hicieran parte de ONG, no participaran en organizaciones de víctimas, ni de derechos humanos, ni en movimientos sociales. Finalmente, que no fueran funcionarios del Estado expertos en estos temas ni académicos dedicados al conflicto armado. Los participantes (N = 256) se pueden identificar en la siguiente tabla:

Tabla 6.1 Participantes del estudio

Ciudad	Hombres	Mujeres	Total
Bogotá	15	15	30
Medellín	19	25	44
Cali	25	11	36
Neiva	17	13	30
Bucaramanga	12	20	32
Pereira	4	6	10
Armenia	18	10	28
Quibdó	13	18	31
Palmira	6	9	15
Total	129	127	256

Nota: datos de los participantes por ciudad.

Fuente: elaboración propia para esta investigación.

La categorización de los participantes según su posición en relación con el acuerdo de paz (acuerdo – A, desacuerdo – D, ambivalente – Amb.) fue determinada tanto por su voto en el plebiscito como por sus propios relatos, los cuales daban cuenta de su posición ideológica y de sus creencias con respecto a lo político.

Técnica de recolección de información

Se realizaron entrevistas de tipo fenomenológico y en profundidad. Si bien se desplegó una guía semiestructurada, lo fundamental del método se centraba en la conversación con el participante, lo que permitía la generación de contrapreguntas y la profundización en sus puntos de vista, sus sentires y su marco de creencias, para lograr una apertura que permitiera

desplegar sus posiciones ideológicas, sus convicciones y sus disposiciones emocionales en relación con los temas abordados. La guía abordó preguntas y temas relativos al origen y el proceso del conflicto armado y sus actores. Se desarrollaron conversaciones en torno a sus concepciones sobre la paz y sus posiciones sobre la negociación política del conflicto armado. En este proceso conversacional emergió la categoría polarización, en su dimensión tanto ideológica como afectiva. Esta categoría es la que se aborda en el presente texto.

Procedimiento

Las entrevistas se grabaron, luego de la firma del consentimiento informado y la aquiescencia de cada participante. Posteriormente fueron transcritas por completo. A partir de los textos se avanzó, desde el enfoque hermenéutico, con un análisis de contenido. Para ello se procedió, con base en categorías teóricas, a sistematizar la información analizando lo expresado por cada uno de los participantes en un proceso intrasujeto, generando una matriz de coherencia, que implicaba un nuevo ordenamiento de la información, guiado por las categorías, de forma intratextual, en un ejercicio deductivo e inductivo que implicó la construcción de doscientas cincuenta y seis matrices, una correspondiente a cada participante.

A partir de entonces, se procedió a desarrollar el análisis intertextual para comparar lo expresado por los sujetos, en cada categoría, que en este caso y para el presente artículo fue la polarización. Esto constituye un nuevo orden textual, en el que se entrelazan los significantes y los relatos de todos los participantes. Desde ese momento, se siguieron algunos pasos de la teoría fundamentada (Gibbs, 2012): en primer lugar, se generaron códigos teóricos de primer nivel, es decir, descriptivos. Luego, a partir de los primeros, se construyeron códigos de segundo nivel que, de forma sintética e inductiva, permitieron la elaboración de un orden categorial y un ejercicio teórico para la presentación de los resultados. Para el siguiente paso, en diálogo con el marco teórico y los antecedentes, se pudo triangular toda la información correspondiente a la categoría *polarización* para construir la discusión y las conclusiones. En este proceso emergieron las siguientes categorías:

Tabla 6.2 Categorías emergentes

Categoría central	Categorías de análisis	Subcategorías
Polarización	Polarización y creencias sobre la izquierda y la derecha	Debate agonista y polarización ideológica
		Deslegitimación y descalificación del adversario devenido enemigo antagonista
		De la polarización a la violencia: satanización del otro

Fuente: elaboración propia.

RESULTADOS

La presente investigación condujo al análisis de creencias sociales y de la polarización en el marco del plebiscito por la paz de 2016 y la elección presidencial de 2018 en Colombia. Al profundizar en este escenario de división política y social, se encuentra que a la polarización entre quienes apoyaban el acuerdo y quienes se oponían al mismo subyace una oposición ideológica previa, sustentada en las creencias sociales. Esta se hizo significativa y permite plantear una reflexión sobre las formas en las cuales se constituyen el antagonismo y la construcción del enemigo en el escenario político, y las relaciones que se tejen alrededor de la política en contextos sociales. Los participantes que apoyaron la negociación con las FARC-EP tenían una posición política de centro, centroizquierda e izquierda. Quienes se opusieron al acuerdo y votaron “No” en el plebiscito tenían una posición política de derecha o extrema derecha. Los ambivalentes eran cercanos a posiciones de centroderecha y centro.

La clave del análisis no estribó tanto en la diferenciación ideológica, considerada parte constitutiva de los debates propios de una democracia (Mouffe, 2011; 2014), como en la forma en que las partes se perfilan entre sí como oponentes, distanciándose de la relación entre adversarios políticos y acercándose a la construcción de enemigos absolutos (Angarita *et al.*, 2015; Schmidt, 1998) o antagonistas (Mouffe, 2011; 2014). Debido a tal condición, se perciben unos a otros con miedo, desconfianza, indignación y odio; categorizan al otro de manera negativa, señalándolo como causa de los problemas, identificándolo con figuras malignas y diabólicas que justifican su exclusión y su eliminación. Esta construcción social de la polarización puede evidenciarse en el desarrollo de las categorías emergentes en el análisis.

Debate agonista y polarización ideológica

La primera categoría de análisis nos sitúa en el marco de los debates propios de la contienda democrática en un Estado de derecho. Implica el posicionamiento ideológico, la disputa por las ideas y las concepciones para la organización de una sociedad y un Estado, sobre las formas como debe orientarse un país, los estilos de gobernabilidad, las políticas públicas que se priorizan y la orientación de los valores, las creencias y las ideas que se privilegian. En el debate académico este tipo de polarización suele denominarse *polarización ideológica*, y no implica ni la descalificación del adversario, ni su deslegitimación, ni mucho menos su intento de eliminación (simbólica o real), sino la confrontación de marcos de comprensión sobre la realidad sociopolítica de un territorio, tal como se esbozó en la introducción (Amossy, 2014; Kessler y Vommaro, 2023; Mouffe 2011; 2014; Waisbord, 2020).

En ese sentido, de acuerdo con los participantes A, para la izquierda los motores fundamentales de su quehacer político son la justicia social y la equidad. En esto estriban sus sentidos y sus horizontes éticos. Más que una forma de pensar, son la base sobre la cual configuran su acción, que se relaciona con principios éticos basados en la búsqueda del bienestar general a través del apoyo mutuo y la solidaridad. En este horizonte incluyen el intento de transformación de problemáticas como la pobreza, el calentamiento global y la crisis climática, las violaciones a los derechos humanos, los vacíos en la participación popular y la exclusión de las comunidades indígenas y afrocolombianas, enfatizando en la necesidad de redistribuir la riqueza, para lo cual el Estado tiene un papel fundamental:

Me he recorrido casi todo el Chocó, he visto su extremada pobreza. Llegar a un barrio donde tú le preguntes a un niño de cinco años, a las tres de la tarde, ¿usted qué desayunó?, y te respondan: un aguasal y mi mamá me mandó pa donde la vecina porque ya no había comida [...]. Si tuviéramos el socialismo, al menos, a esa casa le iba a llegar algo para comer. Yo prefiero eso y que al menos todos comamos algo [...], que lo que tenga el Estado se le dé al pobre (E8-Quibdó-A). El desarrollo humano no debería ser el tema de la productividad financiera, sino en términos del buen vivir, la dignidad humana [...], la mejor calidad de vida, los recursos naturales; yo creo que es una defensa de la educación y la salud como derechos, que tengamos un lugar donde quepamos todos y donde podamos deliberar. No donde seamos todos iguales, sino donde el bien común prime sobre el individual (E19-Medellín-A).

Para estos participantes quien debe garantizar la equidad y la justicia social es el Estado. Así pues, esto no se debe esperar de los dueños del capital ni de los empresarios que trabajan por su propio interés. En ese sentido, desean no un Estado benefactor o asistencial que le regale a la gente cosas, sino uno que, ateniéndose a la Constitución y al modelo social de derecho, regule los mercados y redistribuya la riqueza, de tal manera que asegure a los más vulnerables la satisfacción de sus necesidades básicas:

La equidad no se puede llegar a confundir con el comunismo, ¡no! Queremos un país donde la redistribución se pueda llevar a cabo. Sin que se afecte el bienestar de la población (E3-Bucaramanga-A). Creen que quiero que el Gobierno me regale, es que yo no estoy pidiendo que me regalen, es que estoy exigiendo mis derechos (E10-Bucaramanga-A).

Los participantes A reconocen dos visiones diferentes, dos ideologías, que pueden confrontarse de manera legítima y democrática en el escenario político, en un proceso de debate agonístico que constituye el juego político dentro de una democracia moderna (Mouffe, 2011; 2014). Para estos participantes la izquierda tiene un carácter progresista, es más abierta a las demandas de la población, a las diferencias: es incluyente con las mujeres, la población LGTBQ+, con las minorías en general. Mientras que la derecha es conservadora, legitima el *statu quo* y se preocupa más por la seguridad, el orden establecido y la estabilidad:

Yo creo que los conservadores estaban más por el lado de la protección de la familia, los valores, desde el punto de vista familiar. Y los liberales, por el progreso y otras cosas (E27-Cali). Y pues lastimosamente Colombia es un país muy conservador y muy de derecha, que no ha querido dar el paso a nuevos ideales (E17-Armenia-A). Entonces, creo yo, no sé si estoy bien, pero la mayoría de las personas que no están de acuerdo con el proceso de paz son muy conservadoras [...], se les salen otras ideas conservadoras y terminan discriminando gente o haciendo sentir mal a otros (E17-Bucaramanga-A).

Por su parte, los participantes D suelen identificarse más con tendencias políticas de derecha, pues afirman que los partidos afines son aquellos que han logrado “conservar” la democracia en Colombia y han logrado cuidar el capital, construir empresas y traer desarrollo. Fundamentan su postura en que solo a través del trabajo duro se consigue la riqueza:

Para mí, por peor que haya sido el gobierno de derecha, hay cierta libertad y uno puede hacer las cosas que desea; lógicamente pues habrá muchos impuestos, pero de alguna manera seguiremos en la democracia (E26-Bucaramanga-D). Me parece que es buenísimo para la economía, para la inversión. Me parece que todos nosotros, cuando salgamos a trabajar, vamos a tener muchas más oportunidades. Me parece que es mucho más viable el proyecto económico y social del uribismo (E2-Bogotá-D).

Así pues, en las creencias sociales de estos participantes se identifica una confrontación entre dos modelos del orden social moderno referido al Estado, la sociedad y el mercado. Mientras se plantea de esta forma, se está configurando un escenario de polarización ideológica que en el marco de un debate agonista (Mouffe, 2011; 2014) hace parte integral de un proceso democrático legítimo. Así pues, el problema no radica en que haya una confrontación de ideas, marcos de sentido, horizontes de políticas públicas, sino en que ese debate pase a la asignación de calificativos sobre estos marcos de sentido. Estos dos horizontes de comprensión y sentido sobre el ordenamiento del país y las relaciones sociales, políticas y económicas han permeado a la ciudadanía, en tal medida que pueden apuntalarse desde alguna de estas orillas, tal como se aprecia en la siguiente narración:

Lo que se conoce como derecha e izquierda, donde la derecha se centra en un ideal del capitalista y la izquierda en un ideal socialista, básicamente, son como dos frentes que siempre han estado en disputa... Pues lo poquito que medio recuerdo es que el comunismo es esa ideología en donde se busca que todo sea por igual, que no haya distinción en clases sociales ni que haya los llamados estratos [...]. Lo que el comunismo busca es que todos vivan bajo las mismas condiciones sociales. Mientras que el capitalista permite que la persona tenga de acuerdo con lo que haga o no haga (E9-Palmira-D).

Según el relato anterior, el problema comienza cuando una de las partes utiliza el apelativo *comunista* para descalificar las ideas y los proyectos de la izquierda democrática: ¿por qué se plantea esta descalificación? ¿Si se mira a ambos lados, desde dónde emerge una configuración binaria, extrema y polarizante de sus puntos de vista?

Los participantes A afirman, en su gran mayoría, que ellos no son comunistas, y cuestionan, al igual que los participantes D y Amb., los

regímenes en los que en nombre de la igualdad se restringe la libertad, como en los casos de Cuba, Nicaragua y Venezuela. Para los participantes A la lucha por la justicia social, la equidad, los derechos y la defensa del medioambiente no puede “llegar a confundirse con el comunismo, [porque las reformas sociales] se pueden llevar a cabo sin que se afecte el bienestar de la población” (E3-Bucaramanga-A).

Por su parte, los participantes D afirman que querer el progreso económico, una economía de mercado, promover las libertades individuales, defender la configuración tradicional de la familia, valorar la generación de capital, oponerse a unos acuerdos de paz que, en su concepto, no favorecían al Estado colombiano ni al resto de la sociedad, querer que haya seguridad y que haya mano dura contra los delincuentes no los convierte en generadores de desigualdad, pobreza y violencia. Que sus intenciones también son las del progreso y el desarrollo del país, y que no entienden por qué desde la izquierda se les atribuyen intenciones perversas. Por ello han apoyado a los gobiernos de este tipo, usando como parangón el gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez:

Cuando Uribe fue presidente, él era muy admirado por todo su pueblo porque él hizo cosas muy buenas [...]. Él nunca hablaba directamente de la paz, él mostraba al pueblo que así era que se guerreaba. Entonces para mucha gente el gobierno de Uribe fue uno de los buenos, porque todo mundo pensaba que era un “verraco”, no le daba miedo de nada (E30-Medellín-D). Nosotros aquí, en Colombia, vivíamos más tranquilos cuando Álvaro Uribe dirigió esto, aquí se podía salir [...]. Vivimos tranquilos en ese entonces [...], hoy en día a la juventud le quieren meter que el doctor Álvaro Uribe es un asesino [...]. Entonces, se vivía muy tranquilo, uno se sentía acompañado por las fuerzas armadas (E7-Quibdó-D).

Deslegitimación y descalificación del adversario devenido enemigo antagonista

Puede afirmarse, desde la argumentación que se está construyendo, que la polarización, tal como la hemos esbozado en la introducción, comienza en este punto. La descalificación de la postura de izquierda (democrática), de sus aspiraciones políticas, sociales y económicas, señalándolas como comunistas para comparar su proyecto político con lo sucedido en Cuba y Venezuela,

se sale de los límites del debate agonista de una democracia (Mouffe, 2011; 2014) y pasa al campo de la desvalorización y la deslegitimación del punto de vista opuesto. Y viceversa, cuando se califican las posturas de derecha desde una maldad moral, desde una perversidad inherente, se agotan las posibilidades del debate agonista y se pasa a la configuración del antagonista, del enemigo absoluto que debe ser excluido real o simbólicamente, por lo que termina aceptándose la legitimidad de su eliminación.

En primer lugar, a los participantes D la gente de izquierda les parece idealista, pues busca un cambio del poder, pero no tiene los pies en la tierra, critica todo lo establecido, pero no ofrece soluciones, con lo cual se convierte en un obstáculo para el desarrollo y la gobernabilidad. Además, cuando accede al poder, se comporta de forma irresponsable, no sabe gobernar:

Ellos quieren buscar un deterioro del gobierno y de la imagen de lo que es ahoritica las instituciones [...], eso es lo que están haciendo. Pero fíjese que nos exponen aquí al pueblo, a ver qué nos dicen realmente, qué es lo que buscan ellos. ¿Cuál es su objetivo real? No lo exponen, porque ellos tienen como objetivo desestabilizar las instituciones y no más (E5-Bucaramanga-D).

Además, califican las ideas progresistas, de centroizquierda y de la izquierda democrática como comunistas, y les atribuyen la generación de caos y destrucción, la pérdida de libertades individuales, la crisis económica y el desastre. Afirman que los gobiernos de izquierda en cualquier parte del mundo son desastrosos. Según estos participantes, las personas de izquierda quieren implantar una dictadura comunista que acabaría con la empresa privada y la prosperidad; se les atribuye la intención de desestabilizar la democracia. Así se descalifica absolutamente esta perspectiva:

No tienen libertad, no se puede opinar, en Cuba tampoco, Nicaragua tampoco, son gobiernos de izquierda que quieren permanecer en el poder y no hay quien los detenga. ¿Cuántos años lleva Ortega? Bolivia también (E8-Pereira-D). Muy peligroso porque va viendo uno cómo se va desinstitucionalizando el país, cómo van cambiando la Constitución, cómo se va perdiendo la separación de poderes y se va configurando y se va abriendo el camino para una dictadura comunista [...]. Me da mucho miedo, me da mucho susto, porque vamos por un camino igualito al de Venezuela (E1-Medellín-D).

La cuestión es que no nombran procesos autoritarios de derecha, en otros contextos, como posible riesgo para la democracia. Además, para estos participantes, la izquierda moviliza la lucha de clases contra los ricos; afirman que promueve el odio contra las clases dirigentes y contra quienes tienen poder y riqueza, sin considerar que pueden ser los motores del desarrollo de un país. Por esta razón, consideran que los discursos de la izquierda tienen un carácter populista:

Ellos asumen una actitud de manipulación o una estrategia manipuladora [...]. Por el odio de clases sociales, por ejemplo, si yo voy a hablar del conflicto armado en Facebook, automáticamente amigos míos, que se supone son amigos, que pertenecen a la Universidad Nacional, que pertenecen a la UIS, automáticamente caen encima de mí y que yo no tengo derecho a opinar, por el simple hecho de pertenecer a una universidad privada y que nunca me ha tocado trabajar para estudiar. A eso es a lo que yo voy con el odio de clases sociales. Sí, yo no he tenido que trabajar, eso es verdad, pero eso no significa que yo no me esfuerce [...]. Y que no pueda opinar, ¿sí? Porque todos tenemos esa libertad. Entonces ellos se encargan de alimentar, de nutrir ese odio, que tienen en muchos casos las personas que tienen escasos recursos, pues no han podido tener oportunidades, lo que les genera odio hacia otras personas (E6-Bucaramanga-D).

Estos participantes D se autodesignan “gente de bien”, una atribución que tiene implicaciones religiosas y una connotación excluyente, pues las características, los principios, las tradiciones y los valores asociados al significante “bien” dejan por fuera a quienes no los profesan. Desde este lugar de enunciación las personas de izquierda serían la “gente de mal”. En efecto, se atribuye a los militantes de izquierda actitudes, comportamientos e intenciones malignas, en las que subyace esa oposición entre “gente de bien” y gente que no tendría la “integridad” moral suficiente para conservar el orden y los valores de la sociedad:

Siento que el uribismo defiende a la gente de bien [...]. Es que para mí la gente bien no es la gente que tenga dinero [...], es personas correctas, éticas, que no se aprovecharon de otros para lograr lo que tienen, ¿cierto? [...]. Porque es que pareciera, del otro lado, que aquel que ha salido adelante se encontró la plata en el camino, ¿sí? [...]. Yo creo que allí se camufla mucha gente que le gusta la vida fácil,

que dice defender y toma las armas para defender, pero luego no se levantan para trabajar, viven del otro, quieren que el Estado les dé todo (E32-Bucaramanga-D). Uno ve a más de un mamerto que tiene cara de rata: puede tener corbata, lo que sea, y haber estudiado en cualquier parte, pero uno dice “tiene cara de pícaro”, y cuando vas a ver, han robado un montón (E23-Cali-D).

Por ello, son los partidos de derecha y la gente de derecha los que deberían gobernar y dirigir los destinos de una nación. Porque para estos participantes los gobiernos deberían estar en manos de quien defienda los valores del bien y preserve el orden:

Nos gusta la democracia, la libertad de poder, tener riqueza y sacar adelante un país con exportaciones, importaciones, con empleo, con futuro. Sabemos que una vez se instale un socialismo, las grandes compañías se van a retirar, y los primeros que van a pagar los platos rotos son los pobres [...]. Sería más pobreza y empieza a desestabilizarse desde abajo hacia arriba. El que tiene con qué, sale y se va, y el que no tiene, le toca resignarse. ¿Y qué va a pasar? Lo que está pasando en Venezuela (E4-Medellín-D).

Sin embargo, los participantes A también tienen aseveraciones sobre las personas de derecha que manifiestan distancia social y discriminación. Las consideran personas interesadas solo en el dinero, conservadoras, apegadas a la religión, cerradas e intransigentes, incapaces de dialogar, autoritarias y carentes de empatía. Asumen una lógica de calificación, en la que el adversario no se asume como legítimo otro en la confrontación política. Según estos participantes, “la gente de derecha”, además de conservadora, se aferra a su creencia, discrimina a otros, es intolerante y violenta:

Este país cada vez me da luces de que somos muy conservadores, yo no entiendo de dónde, pero sigue teniendo ínfulas de lo tradicional. Y el Centro Democrático ofrece eso, algo tradicional, algo que ya está establecido, que no altere mucho el ordenamiento social [...]. No quieren soltar el poder, ni la economía, ni perder el control, ni nada (E22-Bogotá-A). Hoy día podemos decir que el gobierno actual [refiriéndose al gobierno de Iván Duque] es uno netamente conservador que apunta a la ultraderecha. Vemos cómo las ideas de la ultraderecha son poco censuradas por los medios y alabadas por las redes sociales (E7-Pereira-A).

Perfilan a quienes han votado por el partido Centro Democrático como personas corruptas, apegadas al dinero, paramilitares y amantes de los sistemas dictatoriales, lo que las hace indiferentes frente al dolor de las víctimas y las lleva a justificar violaciones de los derechos humanos; estarían a favor de la guerra, por eso votaron “No” en el plebiscito por la paz y votaron por Duque, promoviendo el odio para su propio beneficio:

Estamos en una dictadura disfrazada de democracia; acá el “man” hace lo que se le da la gana con el país y nosotros lo permitimos, que es lo peor. Y tiene seguidores, la gran mayoría del país muere por Uribe (E1-Neiva-A). Yo las entiendo. O sea, si Uribe entre comillas les llevó paz, ¿por qué no votar por Uribe? Aunque no sé, tampoco sé qué pensamientos tendrán ellos de decir “sí, a ti te dio paz, pero mató a estos”; supongo que estarán pensando solo en su bienestar [...], pero la paz no es para poquitos, la paz es para todos, no solo para estos (E23-Bogotá- A).

Consideran que la derecha gobierna solo para sus propios intereses, promoviendo un capitalismo salvaje sin importar la miseria que genera, privilegiando la agenda de las élites y de los Estados Unidos. Afirman que sus seguidores son conformistas con gobiernos injustos y corruptos, además de egoístas, arribistas, indolentes y ventajosos; los califican de racistas, clasistas y misóginos. Creen que las personas de derecha solo se interesan por los negocios, la rentabilidad y el lucro; solo se preocupan por su seguridad, no conocen la realidad, viven en una burbuja.

Son gente con unos ideales de ultraderecha, lo mismo que todos los anteriores quieren solamente plata [...]. Yo creo que el uribismo, más que un partido político, es una religión (E1-Neiva-A). Están de acuerdo en que eso siga igual, que todo lo que ellos están haciendo y todo lo que ellos prometen es una maravilla (E23-Neiva-A). Pero uno todavía ve cómo por ejemplo la ultraderecha aquí se ha beneficiado de eso, de simplemente incentivar el odio como bandera política. El término castrochavismo, que les cayó como anillo al dedo, porque genera más odio y miedo a convertirnos en Venezuela, y ellos se aprovechan de todo eso para generar adeptos, pero no con la esperanza de que todos mejoren, sino con la seguridad de que vamos a seguir iguales (E6-Medellín-A).

Algunos participantes A identifican la dificultad que implica la polarización, ya que impide un debate sobre lo público como proceso de construcción de la democracia y obtura canales de diálogo que conducen a una aporía, en la que cada parte parece cerrarse sobre sí misma, interpretando a la contraparte de forma paranoide (Martín-Baró, 1989):

Igual yo no te digo que yo tenga la verdad revelada y lo que piense es lo ideal. Para mí es lo que pienso; por eso, como la postura mía es tan radical con lo del uribismo, prefiero no hablar con esas personas que son uribistas porque eso es para discusiones que no van a llegar a ningún punto. Ellos tratando de convencerme a mí y yo tratando de convencerlos de que están equivocados, y no llegamos a ninguna parte; que no sé si soy más radical yo o ellos, pero prefiero no hablar con ese tipo de personas (E12-Cali-A).

De la polarización a la violencia: satanización del otro

Cuando opera este perfilamiento de la contraparte, movilizado por creencias y orientaciones emocionales negativas que posibilitan que el otro deje de ser visto como adversario para configurarse en enemigo absoluto, la polarización termina obstruyendo los procesos de construcción de paz y afecta los procesos democráticos. Según Blanco (2007), los primeros pasos en este proceso son la categorización y la distancia social, que se acompañan de dispositivos emocionales que movilizan la indignación, la rabia, el miedo y el odio para facilitar el distanciamiento y los calificativos morales para el otro, que comienza a mirarse desde la sospecha, la desconfianza y el temor, iniciando un proceso de discriminación que descalifica sus ideas, actitudes, intenciones y acciones.

Así, los participantes D atribuyen a las personas y los puntos de vista de la izquierda una especie de maldad, puesto que consideran que sus ideas, propuestas y perspectivas son productoras de deterioro social, caos, pobreza, desorden e inmoralidad, o fuente de destrucción, por lo que les adjudican intereses ocultos que afectarían a la nación. En una lógica excluyente no se reconocen ni se legitiman los objetivos de quienes militan en la izquierda:

Son gente resentida con la sociedad, pues les faltó amor, les faltó afecto, les faltó acompañamiento, entonces se volvieron así (E13-Medellín-D). Yo lo que veo son unas personas soberbias. Yo lo que veo es gente con odio, con resentimiento [...]. Resentidos, resentidos sociales, y uno no puede sembrar odio. Es que no todo el mundo podemos ser igual (E29-Bogotá-D).

- El siguiente diálogo ejemplifica esta situación:
- I: ¿Cuál será el interés que ellos [las personas de izquierda] tienen?
- E4: Desestabilizar el Estado de derecho que tenemos actualmente.
- I: ¿Y con qué fin?
- E4: Con el fin de ellos entrar a tomarse el poder, eso es lo que quieren, imponer sus ideales, imponer todas sus ideas de izquierda [...]. Es que vemos aquí en Sudamérica cómo fue [...]. Claro, gracias a Dios, gracias a Dios la gente se está dando cuenta de que eso fue un sofisma de distracción donde la gente les dijo que iban a vivir una mejor vida y mire [...]. Mire cómo está Venezuela [...]. Después de ser un país tan rico, pero mal administrado (E4-Bucaramanga-D).

Esta calificación de las opciones políticas de izquierda, según algunos de los participantes A, suscita una forma de estigmatización que en Colombia ha sido histórica y que en muchos momentos cerró las puertas de acceso a los lugares de poder y a las transformaciones sociales, políticas y económicas profundas, propias de un Estado social de derecho como el que propone la Constitución de 1991. También, la identificación de posturas progresistas y de centroizquierda con el comunismo es parte de una lógica de polarización histórica, que ha sido causa y al mismo tiempo efecto del conflicto armado (Beristain, 2021; CEV, 2022):

Digamos que una exclusión completa a todo lo que oliera a izquierda, a política que tuviera ese tinte izquierdoso; todo eso estaba tildado de comunismo [...]. Eso es algo muy único en la política colombiana, toda esta historia y este panorama de violencia y de guerrilla han dejado una huella impresionante: un daño muy fuerte en la política. Porque la izquierda en nuestro país no se ha podido desenvolver de manera adecuada, porque ha tenido el estigma, y yo creo que lo va a tener por mucho tiempo, el estigma del tema comunista (E10-Bogotá-A).

Desde este lugar se llega a afirmar, por ejemplo, que “nuestra Constitución, desde que la cambiaron en el 91, fue hecha por narcotraficantes y por gente corrupta” (E23-Cali-D). En el caso de esta investigación puede afirmarse que los participantes D ponen de manifiesto una satanización de las personas, los movimientos y las organizaciones sociales, los partidos políticos y los líderes de izquierda, pues los identifican con todo aquello que se opone a lo que está bien y con la ilegalidad, descalificando absolutamente su postura:

La izquierda es lo contrario, la gente que intenta atacar todo el tiempo a los demás, llevar la contraria; la izquierda es llevar la contraria, ¿sí me entendés? La izquierda es el otro lado, el lado opuesto y también la parte de la ilegalidad [...], son como la revolución, pero la revolución mal entendida, como atacando a los otros, ¿sí? (E20-Medellín-D).

En esta lógica discursiva, la izquierda se parangona con la insurgencia armada y el terrorismo; por tanto, la construcción ideológica avala su exclusión política o su eliminación. Se legitima una perspectiva de seguridad y defensa que, invocando la protección propia y la prevención, justifica el ataque violento, la eliminación y el exterminio de quienes profesan esta “ideología perversa”. Las personas de izquierda serían antisociales que no se pueden tolerar, puesto que transmiten odio y van en contra de la sociedad:

Son incendiarios peligrosísimos. Porque fíjate que ellos no están trabajando por el bien del país [...]. Yo lo que veo es que son unas personas soberbias. Yo lo que veo es gente con odio, con resentimiento, son peligrosísimos. Aquí hay mucha ignorancia, resentidos sociales, y uno no puede sembrar odio. Son peligrosos por lo que te estoy diciendo, por los intereses políticos (E4-Bogotá-D).

Según la CEV (2022), la creencia que vincula cualquier referente de izquierda con el comunismo, sinónimo de dictadura, caos y destrucción, hace parte de la construcción del enemigo interno según las lógicas de seguridad desarrolladas por el Estado colombiano y las élites que estuvieron en el poder a lo largo de la Guerra Fría y que se han mantenido hasta la actualidad. Este sigue siendo un discurso que ofrece réditos electorales a los partidos de derecha, ya que una parte de la población lo asimila y lo repite de forma irreflexiva y sistemática: “Y la verdad el temor es ese, que la guerrilla

coja nuestro país y se vuelva un Venezuela” (E18-Armenia-D). “Uno ya sin comida, sin trabajo, o un Cuba, que allá todo lo pagan dizque con un volante como ‘con esto merca, con esto compra’. ¡No, muy horrible!” (E16-Armenia-D).

Por otra parte, muchos participantes A también manifiestan una disposición a la violencia que hunde sus raíces en la forma como la historia del conflicto armado ha permeado la vida cotidiana y las relaciones políticas: “Entonces, yo soy uno que digo: ‘si a mí me pagaran un billete largo, yo me lleno de dinamita, voy y vuelo a Uribe Vélez y a todos esos hijueputas’, a ver si esto cambia” (E11-Cali-A). Esta forma de comprender el punto de vista adverso limita con la incapacidad de considerar a ese otro como legítimo otro. Se rompe la posibilidad de construir una democracia abierta al debate agonista, deviene un escenario de confrontación antagónica que está en la raíz y también es consecuencia de la militarización de la vida cotidiana que ha generado el conflicto sociopolítico en Colombia (Beristain, 2021; García, 2020). Una lógica de polarización conduce a una interpretación paranoide del otro y a un deseo de eliminarlo antes de que “me haga daño”.

DISCUSIÓN

A partir del análisis de las entrevistas se pueden identificar varios aspectos derivados de las creencias sociales que radicalizan la polarización política, y se bloquean, desde los repertorios psicosociales, los procesos que apuntan a construir paz y democracia. El primero de ellos estriba en que la polarización adquiere matices afectivos y emocionales, no está centrada en disputas ni debates entre marcos ideológicos, sino en el hecho de descalificar y excluir a la contraparte hasta convertirla en antagonista mediante una movilización emocional de indignación, rabia, miedo y odio, articulada desde lugares de poder. Con ello, se abren camino la legitimación de la eliminación, simbólica o real, del adversario, devenido enemigo absoluto, y su posible exterminio. El conflicto sociopolítico colombiano, desde la violencia bipartidista de los siglos XIX y XX, y las lógicas del conflicto armado contemporáneo están ligados a estas formas de interacción polar en el juego político (Angarita *et al.*, 2015; García, 2020; Villa, 2019).

El escenario político se simplifica al traducirse en el enfrentamiento entre “gente de bien” (asociada a la derecha) y “gente de mal” (asociada a la izquierda). Esta reducción negativa del conflicto (Spillmann y Spilhminn,

1991) se expresa a nivel discursivo en la dicotomización (Amossy, 2014), es decir, en el empleo de categorías semánticas antagónicas que radicalizan y dividen la sociedad en polos irreconciliables. Esta es una de las principales características discursivas de las creencias sobre la izquierda y la derecha.

Según los entrevistados, la izquierda, que se autoidentificó a favor del acuerdo de paz, es asociada, en términos positivos, con la búsqueda de equidad y justicia social, una mirada abierta y progresista frente a temas como la redistribución de la riqueza por parte del Estado, la preocupación por los más vulnerables y la inclusión de las minorías (Haidt, 2019). Mientras que, en términos negativos, se relacionó con personas idealistas, que no ofrecen soluciones, no saben gobernar y apoyan ideas o gobiernos comunistas. Al respecto, se destaca la creencia que señala que si la izquierda gobernara, el país se convertiría en una réplica de Cuba o Venezuela. En Colombia, desde una perspectiva histórica, subyace una identificación de la izquierda con la insurgencia armada, a través de un *leitmotiv* discursivo que vincula narcotráfico, terrorismo, guerrilla (búsqueda del poder de forma inmisericorde, avara y codiciosa) y comunismo/izquierda (generación de caos y destrucción) (Villa *et al.*, 2022). De esta manera, se descalifica y se le cierran las puertas para acceder al poder o para contar con suficiente gobernabilidad en caso de acceder a él.

La derecha se asocia principalmente con la legitimación del *statu quo*, la defensa del orden y la seguridad, así como con la búsqueda de estabilidad y la generación de capital (riqueza para beneficio particular) (Haidt, 2019). En términos negativos, la derecha se asocia con un modelo conservador, exacerbado por aspectos como la discriminación, el autoritarismo y el aumento de la brecha entre ricos y pobres, que acrecienta las brechas sociales y la defensa del capitalismo en su forma más salvaje. Puede verse cómo la retórica del conflicto en Colombia privilegia como estrategia discursiva la dicotomización, y como estrategia social la polarización.

En la dinámica de este conflicto se observa cómo se refuerzan mutuamente los tres tipos de polarización presentados por Beristain (2021). Se pueden identificar en el relato de los participantes escenarios de polarización resultado de la agudización del conflicto (primer tipo de polarización), así como de su penetración en el tejido social (segundo tipo de polarización) y las diferentes afectaciones a la población civil. Sin embargo, es preciso señalar que se destaca el enfoque de la polarización intencional, que busca dividir el terreno político entre aquellos que “quieren

la guerra” y aquellos que “están a favor de la paz”; los que “quieren la justicia social” y los que “solo se ocupan de sus intereses egoístas”; los que “traerían caos, destrucción y miseria” y los que “generan estabilidad, orden y libertad”. Esto delimita claramente dos polos del conflicto antagónicos y exclusivos, en los que unos se identifican como el eje del mal y los otros como portadores del bien y la salvación, en un marco de creencias que se asimila a la convicción religiosa.

Este panorama remite a creencias sociales y a normas, valores, metas e ideologías grupales que potencian la diferenciación y el favoritismo endogrupal (Bar-Tal, 1996; Tajfel, 1984), movilizados por dispositivos emocionales que promueven aparentemente un fanatismo blando (Aguirre *et al.*, 2021; Alonso, 2018; Iyengar y Westwood, 2015; Moreno, 2020; Silva, 2014; Suárez, 2021; Velásquez *et al.*, 2021; Villa *et al.*, 2019; Villa y Sarmiento, 2023), pero que, en el caso colombiano, han derivado en diversas formas de violencia simbólica y directa, resultado de la división histórica partidista que no ha posibilitado la construcción de una democracia incluyente.

En las entrevistas puede verse que los procesos de diferenciación en el país llevan, en su gran mayoría, a la exclusión del otro (García, 2020). Todo inicia con el rechazo, el desconocimiento de las ideas y la anulación de las posturas, propiciando la expulsión y, en algunos momentos, la aniquilación. También muestran un alto contenido ideológico, pues los participantes, independientemente de si se definen como de izquierda o de derecha, manifiestan la superioridad del endogrupo, asumiendo que sus valores son preponderantes frente a los del otro grupo (Blanco, 2007). Se encuentra una noción del exogrupo intimidante, que no solo amenaza al endogrupo, sino también al país y a la democracia. Se devalúa al exogrupo y se culpabiliza (Blanco, 2005), pues se asume que el otro grupo es el responsable de llevar al país al fracaso. Se estigmatizan todas las alternativas diferentes a las propias, dando cuenta de un conjunto de creencias compartidas, no necesariamente objetivas, pero que son justificadas internamente (García, 2020; Villorio, 2007).

Según Foucault (2010; 2008), la ideología circula discursivamente en la medida en que se establecen relaciones de saber-poder y se asumen como verdaderas todas sus afirmaciones. Los entrevistados consideran que tienen la razón en cuanto a la importancia de su grupo y a la relevancia de su ideario político en pro del bienestar del país. Por el contrario, sin verificación, asumen que quienes no comparten sus ideas políticas son los

culpables de los problemas pasados, presentes y futuros. Así, toman como válidas y verdaderas las formas en las que ven al endogrupo y al exogrupo, independientemente de cuáles sean estas valoraciones; por ello, distribuyen discursivamente tales creencias (Foucault, 2019).

Esto refleja un conjunto de representaciones sobre sí mismos y los demás que se ha construido, mantenido y difundido en torno a lo político, y que impide un acercamiento entre diversas visiones de Estado y gobierno. Esta dinámica se manifiesta en las relaciones cotidianas, cuando interactúan personas de perspectivas políticas diferentes, asumidas como opuestas y entendidas narrativamente como antagónicas, que pasan del debate a la agresión, la burla, la descalificación, los pactos de silencio, el borramiento y la clausura del otro (Velásquez *et al.*, 2020; 2021; Avendaño y Villa, 2021).

En ese orden de ideas, los resultados, por lo menos desde la perspectiva de estos participantes, permitieron evidenciar la existencia de una retórica del conflicto en la que el enemigo político (Angarita *et al.*, 2015) o adversario agonista (Mouffe, 2014) no existe, pues no hay un interés por gestionar el conflicto de manera democrática y negociada, sino que se busca incrementar la división social, como estrategia. Se presenta, entonces, la construcción de un adversario que tiende a derivar en enemigo absoluto (Schmidt, 1998), configurado para justificar la gestión violenta del conflicto.

Estos enemigos absolutos son cuestionados por sus ideas, por las consecuencias negativas de sus acciones para el pueblo y por su imagen (Charaudeau, 2005). Se resalta en la estrategia de descalificación la alusión al *ethos* contrario como moralmente maligno, y la utilización de recursos retóricos de ridiculización, los ataques *ad hominem* y la movilización de emociones negativas se convierten en formas naturalizadas de ejercer lo político, con lo cual se cierran los caminos para una auténtica democracia, mientras se fortalecen las lógicas de exclusión y violencia que han estado en la base del conflicto armado colombiano. Estos repertorios psicosociales se han empleado en todo el mundo para fortalecer sistemas ideológicos extremistas basados en una realidad mediáticamente distorsionada, que permite confundir, desinformar y polarizar a la opinión pública (Rojas *et al.*, 2020).

En la historia del país, este perfilamiento deslegitimador, que descalifica y propugna por borrar las ideas y el ser del otro, ha conducido a la exclusión política y a la eliminación física del adversario (García, 2020; Villa y Sarmiento, 2023). Al identificar a la contraparte con el mal y señalarla como el origen de este, deja de ser digna de confianza y de empatía, se cierra

así la posibilidad de un acercamiento crítico y colaborativo en pro de la construcción de paz y democracia.

En conclusión, las creencias sociales asociadas a la izquierda y la derecha en Colombia están marcadas por una fuerte polarización política, más que ideológica, de carácter emocional y social, que tiene como elemento central la configuración de los actores como enemigos absolutos. Dicha condición deriva en una gestión violenta del conflicto, pues autoriza no solo la descalificación y la deslegitimación, sino, ante todo, la eliminación real o simbólica del otro. Estas dinámicas han contribuido a ralentizar y bloquear la construcción de paz, democracia y reconciliación.

Vale la pena resaltar que en Colombia existe, a pesar de los diferentes acuerdos de paz firmados, una continuidad del conflicto armado y la violencia armada asociada al control territorial por rentas criminales. Esto sugiere que la firma de acuerdos no ha sido suficiente para eliminar completamente la violencia y la confrontación en el país, que más bien se agudizan. Es necesario identificar qué actores se han beneficiado y se siguen beneficiando tanto de la guerra como de la polarización como continuidad de la confrontación violenta.

En ese sentido, es clave anotar que en Colombia la violencia de los últimos treinta años ha estado anclada a asuntos económicos e intereses criminales articulados con los intereses de las grandes empresas. Así las cosas, la persistencia del conflicto armado y la violencia armada está vinculada a rentas criminales diversas, como el control de la riqueza de los territorios desde una lógica extractivista. Esta conexión entre la violencia y la economía destaca la complejidad del conflicto y la influencia de intereses económicos en su mantenimiento.

La polarización podría leerse entonces como una estrategia de control, puesto que es evidente que está estrechamente relacionada con las estrategias de manipulación y posicionamiento de un solo actor, que es definido como héroe, y de señalamiento y construcción de un enemigo absoluto. Esta polarización se utiliza como una herramienta para mantener y consolidar el poder económico-político, alimentando la confrontación y la división entre diferentes sectores de la sociedad. Los actores invisibles en el escenario del conflicto obtienen importantes beneficios económicos y políticos de la persistencia de la violencia y la polarización. Esta situación plantea interrogantes sobre los intereses que están en juego y las motivaciones detrás de la prolongación del conflicto.

En Colombia, el análisis se hace aún más complejo y multifacético, e involucra una interacción de factores políticos, económicos y sociales. La continuidad del conflicto armado, la polarización política y la influencia de actores invisibles plantean desafíos significativos para la construcción de la paz y la estabilidad de la democracia en el país.

CONCLUSIONES

Los resultados revelaron creencias arraigadas sobre la polarización y convicciones radicales en torno a temas como la seguridad, la justicia, la equidad y la libertad, así como la deslegitimación y la descalificación del adversario político. La polarización no se limita a debates ideológicos, sino que implica la descalificación del otro como enemigo absoluto, alimentando un escenario de confrontación antagónica arraigado en la historia violenta del país.

Se evidencia una clara polarización emocional, de la mano de una exclusión social arraigada. Este fenómeno se caracteriza en Colombia por una intensa movilización emocional que lleva a la descalificación y la exclusión de la contraparte, y que la convierte en un enemigo absoluto. Este fenómeno obstaculiza la construcción de paz y democracia al legitimar la violencia simbólica y directa, pero es importante anotar que esta realidad es fruto de un trabajo mediático intencionado. La dicotomización entre izquierda y derecha simplifica el conflicto político, reduciéndolo a una confrontación entre el bien y el mal. Esta simplificación impide el diálogo constructivo y promueve la confrontación en lugar de la negociación y el consenso.

Las dinámicas de construcción sesgada de la historia juegan un papel crucial en la exacerbación de la polarización política en Colombia. Se busca convencer a la población de que ciertos actores están actuando con principios altruistas, incluso cuando cometen crímenes de lesa humanidad, violan los derechos humanos y pasan por encima de normas constitucionales. La polarización política se alimenta del conflicto armado y viceversa, creando un ciclo que refuerza la confrontación y la división en la sociedad colombiana. Esta dinámica dificulta la construcción de una democracia participativa que sea estable e integral.

Esta investigación amplía la comprensión de cómo la manipulación de la información y la distorsión mediática contribuyen a la polarización, al confundir y desinformar a la opinión pública. Además, se permite entrever

la existencia de fuerzas que se benefician de esta polarización, promoviendo sistemas ideológicos radicales y extremistas que alimentan la confrontación y la división en la sociedad colombiana. Esta situación plantea interrogantes sobre los intereses que están en juego y las motivaciones detrás de la prolongación del conflicto.

Esta línea de investigación es de vital importancia para que nos demos cuenta de nuestras condiciones subjetivas, nuestras creencias prefabricadas. Por ello es importante seguir profundizando en ejes de investigación que puedan dar cuenta de los impactos de la polarización en la democracia y la construcción de paz, y que permitan estudiar cómo la polarización política afecta la calidad de la democracia en Colombia, analizando su influencia en la participación ciudadana, la toma de decisiones y la legitimidad de las instituciones.

Además, se hace necesario explorar estrategias para promover narrativas de reconciliación y construcción de paz en Colombia, que contrarresten la polarización y fomenten el diálogo intersectorial y la inclusión política, así como desarrollar intervenciones psicosociales colectivas para abordar las barreras emocionales y sociales que contribuyen a la polarización política en Colombia, promoviendo la empatía, el entendimiento y la cohesión social. Finalmente, es importante indagar por estrategias mediáticas para desanclar la polarización, acudiendo más a los medios alternativos, pues parecería que los medios masivos insisten en una acción polarizante y sesgada. De esta manera, sería posible abordar no solo las divisiones políticas evidentes, sino también las narrativas distorsionadas que perpetúan la polarización y socavan los esfuerzos por construir la paz y la reconciliación en el país. Además, se fortalecerían las propuestas de investigación al enfocarse en la desarticulación de estas narrativas y la promoción de una información más equilibrada y objetiva como parte de los esfuerzos para superar la polarización.

REFERENCIAS

Aguirre, V., Caucil, E. y Villa, J. D. (2021). Polarización, creencias sociales y orientaciones emocionales movilizadas en facciones políticas: “petristas” y “uribistas” del Área Metropolitana del Valle de Aburrá. En J. D. Villa, V. Andrade y L. M. Quiceno (Eds.), *Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia* (pp. 279-321). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Alonso, D. (2018). Cultura política en un escenario electoral de polarización en Argentina. *Revista de Investigación Psicológica*, 19(7), 39-59. <http://hdl.handle.net/11336/104399>.

Amossy, R. (2014). *Apologie de la polémique*. Presses Universitaires de France (PUF).

Angarita, P. E., Gallo, H., Jiménez, B. I., Londoño, H., Londoño, D., Medina, G., Mesa, J. A., Ramírez, D., Ramírez, M. E y Ruiz, A. M. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano*. Universidad de Antioquia.

Avendaño, M. y Villa, J. D. (2021). Polarización política y relaciones familiares: Prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para la democracia y la paz en Medellín. *El Ágora USB*, 21(1), 34-60. <https://revistas.usb.edu.co/index.php/Agora/article/view/5472>.

Bar-Tal, D. (1996). Las creencias grupales como expresión de la identidad social. En J. F. Morales, D. Páez, J. C. Deschamps y S. Worchel (Eds.), *Identidad social: Aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos* (pp. 255-286). Promolibro.

Bar-Tal, D. (2013). *Intractable conflicts: Socio-psychological foundations and dynamics*. Cambridge University Press.

Bar-Tal, D. y Halperin, E. (2011). Socio-psychological barriers to conflict resolution. En D. Bar-Tal (Ed.), *Intergroup conflicts and their resolution: A social psychological perspective* (pp. 217-240). Psychology Press.

Bar-Tal, D. y Halperin, E. (2014). Barreras sociopsicológicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 15-30.

Bar-Tal, D., Halperin, E. y Oren, N. (2010). Socio-psychological barriers to peace making: The case of the Israeli Jewish Society. *Social Issues and Policy Review*, 4(1), 63-109.

Barrera, D. y Villa, J. D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación: aproximación a un estado de la cuestión. *El Ágora USB*, 18(2), 459-478. <https://doi.org/10.21500/16578031.3828>.

Basset, Y. (2018). Claves del rechazo del plebiscito para la paz en Colombia. *Estudios Políticos*, 52(2), 241-265.

Beristain, C. (2021). *Diálogos con Ignacio Martín-Baró sobre conflicto y polarización social*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Blair, E. (1995). La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social? *Estudios Políticos*, 6, 47-71. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/15666>.

Blanco, A. (2005). Obediencia, desindividuación e ideología: el drama de la libertad. En A. Blanco, R. Águila y J. M. Sabucedo (Eds.), *Madrid 11-M. Un análisis del mal y sus consecuencias* (pp. 153-187). Trotta.

Blanco, A. (2007). La condición de enemigo. El ocaso de la inocencia. En M. Cancio y L. Pozuelo (Eds.), *Política criminal en vanguardia. Inmigración clandestina, terrorismo, criminalidad organizada* (pp. 259-305). Thomson, Civitas.

Blanco, A. y Gaborit, M. (2016). La racionalidad inmanente a la psicología como ciencia y como profesión. En I. Martín-Baró (Ed.), *El realismo crítico: fundamentos y aplicaciones* (pp. 3-75). UCA Editores.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV). (2022). *Informe final. Tomo I: Hallazgos y recomendaciones*. <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.

Charaudeau, P. (2005). *Le discours politique. Les maques du pouvoir*. Vuibert.

Estrada, C., Oliveros, J. y Rentería, L. (2019). Emociones sociales que constituyen barreras psicosociales para el perdón y la reconciliación en Medellín. En J. Carmona y F. Moreno (Eds.), *Reconstrucción de subjetividades, identidades y del tejido social en contextos afectados por la guerra en Colombia. XIV Cátedra Mercedes Rodrigo* (pp. 388-406). Universidad de Manizales.

Falla, D. J. (2020). *El uso de la polarización en los discursos públicos de los candidatos a la presidencia de Colombia, 2018-2022*. [Tesis de grado]. Instituto de Psicología, Universidad del Valle, Cali, Colombia. <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/server/api/core/bitstreams/76815f74-129c-4003-ada5-7ae4984e48df/content>. *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2010). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.

Foucault, M. (2019). *Microfísica del poder*. Siglo XXI.

García, M. (2020). *El país de las emociones tristes: una explicación de los pesares de Colombia desde las emociones, las furias y los odios*. Ariel.

Gibbs, G. (2012). *El análisis de datos cualitativos en investigación cualitativa*. Ediciones Morata.

González, D. M. (2015). Estado del arte: La familia como texto y contexto para la socialización política de los niños y las niñas. *Katharsis*, (19), 99-134. <https://doi.org/10.25057/25005731.491>.

Haidt, J. (2019). *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*. Ariel-Planeta.

Hernández, J. C. y Echeverri, L. M. (2018). Democracia electoral en Colombia desde una visión de competencia. *El Ágora USB*, 18(2), 496-511. <https://doi.org/10.21500/16578031.3829>.

Hernández, R., Fernández, C. y Sampieri, P. (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill.

Iyengar, S. y Westwood, S. (2015). Fear and loathing across party lines: New evidence on group polarization. *American Journal of Political Science*, 59(3), 690-707. <https://www.jstor.org/stable/24583091>.

Kessler, G. y Vommaro, G. (2023). Forms of discontent in Latin America: Polarization, generalized discontent and divisive leaderships. *Changing Societies and Political Discontent*, ILAS-Columbia University, 30-31 de marzo.

López de la Roche, F. E. (2019). Posverdad, ideología y odio en la movilización del Centro Democrático del 1 de abril de 2017 contra el presidente Santos y el proceso de paz: análisis del registro fotográfico del evento. En S. Roncallo-Dow, J. D. Cárdenas Ruiz y J. C. Gómez Giraldo (Eds.), *Nosotros, Colombia... Comunicación, paz y posconflicto* (pp. 41-80). Universidad de la Sabana y Editorial Eafit.

Manfredi, J. L., Amado, A. y Waisbor, S. (2021). Twitter presidencial ante la covid-19: entre el populismo y la política pop. *Comunicar*, 66(XXIX), 83-94. <https://doi.org/10.3916/C66-2021-07>.

Martín-Baró, I. (1989). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (pp. 66-87). UCA Editores.

Morales, Y., Villasmil, J. y Martínez, R. (2018). Contexto histórico-político de Colombia y su influencia en la socialización política familiar. *Revista de Ciencias Sociales*, XXIV(1), 57-66. <http://hdl.handle.net/20.500.12442/2357>.

Moreno, S. (2020). Polarización política y fanatismo “blando”: una hipótesis semiótica. *DeSignis*, 33, 143-158. <https://www.designisfens.net/capitulo/133-11-polarizacion-politica-y-fanatismo-blando-una-hipotesis-semiotica/>.

Mouffe, C. (2011). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, C. (2014). *Agonística: pensar el mundo políticamente*. Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, C. y Laclau, E. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Fondo de Cultura Económica.

Murillo, F. (2020). *¿Votamos como lo dictan nuestras creencias políticas? Sincronías y diacronías entre las creencias políticas y las preferencias electorales en Medellín en torno a los candidatos Iván Duque, Sergio Fajardo y Gustavo Petro en el marco de las elecciones presidenciales del 2018*. [Tesis de maestría]. FLACSO. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/17040>.

Nasi, C. y Hurtado, M. (2018). Las elecciones presidenciales del 2014 y las negociaciones de paz con las FARC: cuando la estrategia de polarizar no basta para ganar. En F. Botero, M. García y L. Wills (Comps.), *Polarización y posconflicto: las elecciones nacionales y locales, 2014-2017* (pp. 229-267). Universidad de los Andes.

Prada, O. y Romero, L. M. (2018). Polarización y demonización en la campaña presidencial de Colombia de 2018: análisis del comportamiento comunicacional en el Twitter de Gustavo Petro e Iván Duque. *Revista Humanidades*, 9(1), 1-26. <https://doi.org/10.15517/h.v9i1.35343>.

Pulido, P., Rojas, L., Restrepo, H., Zambrano, S. y Barreto, I. (2020). Estilos lingüísticos y emociones intergrupales en el plebiscito: Un análisis en la red social digital Twitter. En D. Rico y I. Medina (eds.), *Construcción de paz en el postacuerdo: Avances, tensiones y desafíos* (pp. 17-37). Ediciones Uninorte.

Registraduría Nacional del Estado Civil de Colombia (2018). Resultado del preconteo, 2.^{da} vuelta. https://elecciones1.registraduria.gov.co/pre_pres_2018/resultados/2html/resultados.html.

Rettberg, A. y Quiroga, D. (2018). Más allá de la firma: las elecciones legislativas (2014) y locales (2015) y la implementación de la paz en Colombia. En F. Botero, M. García y L. Wills (Comps.), *Polarización y posconflicto: las elecciones nacionales y locales, 2014-2017* (pp. 177-207). Universidad de los Andes.

Rico, D. y Barreto, I. (2021). Unfreezing of the conflict due to the peace agreement with FARC-EP in Colombia: Signature (2016) and implementation (2018). *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*. <http://dx.doi.org/10.1037/pac0000545>.

Rojas, O., Insuasty, A., Valencia, J. F., Mesa, N. y Zuluaga, H. (2020). Teoría social del falso positivo. *Kavilando*. <https://www.kavilando.org/lineas-kavilando/conflicto-social-y-paz/8171-teoria-social-del-falso-positivo>.

Romero, L., Chaves, A. y Torres, Á. (2018). Neopopulismo, poder y control social: las competencias mediáticas en ideología y valores como defensa de la ciudadanía. *Lumina*, 12(1), 40-54. <https://doi.org/10.34019/1981-4070.2018.v12.21492>.

Roncillo, S., Cárdenas, J. D. y Gómez, J. C. (2019). *Nosotros, Colombia... Comunicación, paz y posconflicto*. Universidad de la Sabana y Editorial Eafit.

Rosler, N., Hagage, H., y Bar-Tal, D. (2020). Rhetorical expressions of ethos of conflict and policymaking in intractable conflict by leaders: A comparative study of two israeli prime ministers. *Peace and Conflict Journal of Peace Psychology*, 27(3), 381-392. <http://dx.doi.org/10.1037/pac0000491>.

Schmidt, C. (1998). *El concepto de lo político*. Alianza Editorial.

Silva, S. (2014). Polarización en Colombia: superar mitos y aceptar realidades. *El Eafitense*, 106, 122-139. <https://www.eafit.edu.co/medios/eleafitense/106/Paginas/polarizacion-en-colombia.aspx>.

Spillmann, K. y Spillmann, K. (1991). L'Image de l'ennemi et l'escalade des conflits. Unesco (1991). *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, XLIII(1), 59-79. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000088109_fre.

Suárez, E. J. (2021). La polarización política como problema de salud pública durante la pandemia de covid-19. *Cuadernos Filosóficos / Segunda Época*, 18, 1-18. <https://doi.org/10.35305/cf2.vi18.130>.

Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Herder.

Velásquez, Y. N., Barrera, D. y Villa, J. D. (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Me-

dellín-Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1), 149-174. <http://revistataseug.ugr.es/index.php/revpaz/article/view/9529>.

Velásquez, Y. N., Barrera, D. y Villa, J. D. (2021). “Yo no sé si se pueda separar la postura política de lo que una persona es”. Construcción de identidad social y relación con la diferencia política en familias. En J. D. Villa, V. Andrade y L. M. Quiceno (Eds.), *Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia* (pp. 323-369). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Villa, J. D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona y F. Moreno (Eds.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra. XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo* (pp. 365-387). Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.

Villa, J. D., Díaz, I. L., Barrera, D., Velásquez, Y. N. y Avendaño, M. (2021). ¿Por qué hablar de barreras psicosociales para la paz en el contexto colombiano? En J. D. Villa, V. Andrade y L. M. Quiceno (Eds.), *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 24-59). Universidad Pontificia Bolivariana. <https://repository.upb.edu.co/handle/20.500.11912/9575>.

Villa, J. D., Quiceno, L. M., Aguirre, V. y Causil, E. (2019). El fenómeno de polarización entre “petristas” y “uribistas” de la ciudad de Medellín: creencias y emociones movilizadas en los grupos frente al adversario y sus respectivas figuras políticas. *Kavilando*, 11(21), 266-287. <https://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/345>.

Villa, J. D., Velásquez, N., Barrera, D. y Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-52. <https://doi.org/10.21500/16578031.4642>.

Villa, J. D., Velásquez, M., Piedrahíta, M., Barrera, D., Quiceno, L. e Insuasty, A. (2022). Los hilos invisibles de la memoria hegemónica: representaciones sociales de hechos históricos, olvidos convenientes y silencios instalados. *Ratio Juris*, 17(35), 1-26. <https://doi.org/10.24142/raju.v17n35a10>.

Villa, J. D. y Sarmiento, J. C. (2023). Polarización y creencias sociales en algunos militantes políticos antagónicos en el marco del posconflicto en Colombia. *Revista Guillermo de Ockham*, 21(2), 7-29. <https://doi.org/10.21500/22563202.5433>.

Villorio, L. (2007). *El concepto de ideología y otros ensayos*. Fondo de Cultura Económica.

Waisbord, S. (2020). ¿Es válido atribuir la polarización política a la comunicación digital?: sobre burbujas, plataformas y polarización afectiva. *Revista SAAP: Sociedad Argentina de Análisis Político*, 14(2), 249-279. <https://revista.saap.org.ar/contenido/revista-v14-n2/rsaap.14.2.A1.pdf>.

